

han de gobernar, no solo las almas á quien Dios escoge para vocacion tan alta, sino sus confesores con ellas.

3. Quisiera yo harto entender estas cosas de espíritu, y tener gracia para hacer las notas de esta relacion. Porque verdaderamente las habian de hacer los mismos varones, á quien la escribia, y de quien trata en ella, que sin duda eran muy espirituales; ó la misma Santa comen- tarse á sí misma. Pero en mi modo rústico, y sencillo diré simplemente en cada número lo que se me ofrece.

4. En el primer número comienza su relacion diciendo, como si hablara de otra (lo cual observa en toda relacion para no ser conocida, aunque algunas veces se descuida, y habla en primera persona): *Esta monja* (y podiamos añadir nosotros: Y muy buena monja) *há cuarenta años que tomó el hábito*. Débese entender desde que entró en la Encarnacion de Avila. De aquí se colige, que es muy cierto, que esta relacion la hizo en Sevilla en tiempo de las persecuciones, y cuando la delataron al tribunal de la Inquisicion, por la novicia melancólica, que le revolvió la casa.

Estoy pensando, que por la perfeccion con que padecieron aquella persecucion entonces la madre, y las hijas del Carmelo, les ha dado Dios por don particular, desterrar de toda la Orden la melancolía. Porque tal alegría como tienen los hijos, é hijas de santa Teresa, en medio de su penitencia, clausura, y austeridad, no es bastantemente ponderable.

5. En este mismo número dice: *Que desde el primer año comenzó á pensar en la Pasion de nuestro Señor, y en sus pecados*. Tres cosas utilísimas enseña con esto á las almas. La primera, que comiencen temprano á tener oracion; porque si no lo hacen, podrá ser que no la tengan tarde, ni temprano, ni jamás.

La segunda, que no se pongan luego en divinidades, sino que comiencen por la Pasion, y la humanidad, si quieren llegar á la divinidad; porque de los piés se ha de subir á la cabeza, y no de la cabeza á los piés.

6. La Madalena llegó á ser tan santa, porque comenzó por linda parte: *Ex quo intravit* (dice el Señor) *non cesavit osculari pedes meos*. Y poco despues: *Unquento unxit pedes meos*. Y poco antes: *Capillis suis tersit pedes meos*; (Luc. 7, v. 45). Comenzó la santa por los piés. Con que casi se puede decir, que en su esfera, por comenzar por los piés, fué cabeza, y maestra de penitentes.

Gran vanidad es comenzar por lo mas: de esa manera suele acabarse en lo menos. Grande acierto el comenzar por lo menos, para llegar á lo mas; y mas con Jesucristo bien nuestro, en quien lo menos de su mas, es infinito. ¡O Bien eterno! ¡Sabiduría del Padre! ¿Quién es tan loco, que aparta sus labios de vuestros piés en la cruz?

7. La tercera advertencia utilísima la dá en donde dice: *Que pensaba en la Pasion del Señor, y en sus pecados*. Como quien dice: Pensaba en mi remedio, y mi daño. Pensaba en la enfermedad, y en la medicina. Pensaba en el veneno de la culpa, y en el antídoto de la gracia. Cuando veía mis maldades, me iba huyendo á la Pasion; y cuando contemplaba de Jesus en la Pasion, le suplicaba con lágrimas perdonase mis maldades.

8. El beato Alberto Magno dice, que en media hora que se piense en

la Pasion del Señor, se merece mas que en un año entero de penitencia. Entiendo que lo dice por dos cosas. La primera, porque la Pasion del Señor es el principio, medio, y fin de nuestros merecimientos. La segunda, porque con media hora cada día de meditacion de la Pasion del Señor, no solo hará el alma un año de penitencia, sino una vida penitente, santa, y mortificada. ¿Pues quién vé, y contempla á Jesus crucificado, que no desee morir crucificado con Jesus? ¿Quién vé con llagas su cuerpo, que no desee ver el suyo con ellas, para curar las del alma? Y como decia san Agustin, y con él san Bernardo: Si no es volviendo los ojos á Jesus crucificado, y herido con él, ¿quién abrazará las heridas? *Quis enim cor suum vulnerari permetteret, nisi prius amoris illius vulnus percepisset?* (D. Aug. D. Bern. Tract. de Passione Dñi., c. 3, circa finem). Mucho nos vamos deteniendo, pero la materia es dulce.

9. Dice en el mismo número: *Que pensaba en las criaturas; y que de allí sacaba cuan presto se acaba todo*. Solo para esto es bueno pensar en las criaturas. Toda carne es heno, dice el Espíritu Santo: es una flor la vida, que á la mañana nace, y á la tarde se deshace: *Omnis caro fenum, et omnis gloria ejus, quasi flos agri* (Isaia 40, v. 6). ¿Qué desatinado que es quien piensa de otra manera!

Tambien dice: *Que miraba por las criaturas la grandeza de Dios, y el amor que nos tiene*; porque son las criaturas vivo espejo de su Criador, y debe amarse á Dios en sus mismas criaturas, y solo á sus criaturas por Dios. ¡O si aprendiésemos esta ciencia altísima de la Santa! ¡Qué poco embarazarian á nuestro corazon las criaturas! ¡Y qué lleno estaria de Dios nuestro corazon!

10. En el número segundo, dice: *Que no la llevó Dios por el camino del temor, tanto como por el del amor*. Fué este un don soberano. Poner al alma en amor de Dios, ¡ó qué dicha! Todo se lo facilita, y suaviza, y todo se lo halla hecho. No he visto quien comience, y camine por amor, que no persevere; aunque caiga, se levanta. No desconfien los que caminaren por temor: prosigan; pero pidan siempre amor. No se queden en el medio, sin llegar al fin.

11. Añade: *Que toda su ansia era de que Dios fuese alabado, y su Iglesia aumentada, y que por esto rezaba, sin hacer nada por sí*. Nada dice que hacia por sí, cuando todo lo hacia por Dios; y todo lo que hacia por Dios, era por sí, y para sí. Puso Dios á esta alma santa, muy en sus principios, en raro desasimiento; pues aun de sus oraciones no queria tener propiedad, y todas las queria dar á la Iglesia, y á Dios. Pues cierto, almas, que no era simple la Santa. Aprendamos de esta desnudez, y entendamos, que cuanto damos á Dios, eso tenemos; y que el tenerlo sin darlo, es ya negárselo á Dios, y que tanto va entrando de Dios en nosotros, cuanto fuere saliendo de nosotros, ofreciéndoselo á Dios.

12. Dice tambien: *Que tenia en poco el padecer ella en el purgatorio, como Dios fuese mas alabado*. ¡O qué arte tan sutil de no padecer despues en el purgatorio! Esto, con licencia de la Santa, mas parece acabar, que comenzar en la vida espiritual. Por donde suelen acabar los santos, es por este desasimiento; y comienza santa Teresa, por donde otros santos acabaron. ¿Cuáles serian los fines, de quien tuvo estos principios?

13. En el número tercero, dice: *Que veinte y dos años pasó de grandes sequedades, sin desear otra cosa.* No fué tanto el padecerlo, como el padecer tanto tiempo. Pero el no desearla, lo podía asegurar cualquiera, aunque no lo dijera la Santa; porque para levantar un edificio tan alto de perfeccion suya, y de su religion, que llegase, como llega, con sus capiteles hasta el cielo, conveniente era ahondar veinte y dos años enteros en formar sus cimientos con la tribulacion.

No hay cosa como padecer! ¡O almas santas! Sequedades, y trabajos; porque esas tinieblas, son luz: ese bajar, es subir; ese penar, levantar. Por la Pasion, se llega á la Resurreccion; por la Resurreccion, á la Ascension; por la Ascension, á la gloria.

14. Añade la Santa: *Que se tenia por tal, que aun pensar en Dios le parecia que no merecia.* Y aunque temia razon, porque no hay quien merezca tan grande merced; si Dios no aplica sus méritos; pero era soberano modo de pensar de Dios, y utilísimo de pensar de sí.

Esto es lo que pedia san Agustin, cuando decia (y dijimos en las notas de la carta VIII, núm. 20): *Dadme, Señor, que me conozca, y os conozca.* En estos dos polos estriba, vuelve, y revuelve la suma de la perfeccion.

15. En todo el número cuarto, vá refiriendo las misericordias, que Dios le iba haciendo, despues de veinte y dos años de tribulaciones, con las luces, locuciones, visiones, y revelaciones. Veinte y dos años quiso Dios que padeciese, para que despues la favoreciese, y fuese capaz de sus favores; porque navegase segura al ser favorecida, con el lastre que le pusieron al ser atribulada.

¿Mas si estos favores fueron sin penas? Bien cierto es que fueron con ellas: y estoy por decir, que de otra manera no fueran favores. Creedme, almas, que en esta vida son peligrosos los favores sin penas.

16. En el número quinto lo dice. Porque luego comenzó á temer, y á temblar, si era Dios, ó el demonio el que le hablaba. ¡O qué distancia tan grande, y tan terrible! ¡Y qué pena, no saber el alma de quien es tan desigual, y opuesta correspondencia!

Dice tambien, que era temerosísima de suyo la Santa, y esto lo permitió Dios, para que se reconociese su poder en hacer despues tan valerosa, á la que era de suyo tan temerosa.

17. En el número sexto nombra á sus padres espirituales de la Compañia de Jesus: crédito grande de esta sagrada religion haber tenido por discípula á santa Teresa, ilustre maestra de la vida espiritual.

Aunque creeria yo, que el enseñarla fué inmediatamente de Dios: el examen, y muy espirituales instrucciones, que le darian, y registrar si era de Dios; seria destos varones de espíritu, y de los demas, que luego vá nombrando en esta relacion. Por eso la Santa decia muchas veces lo que debia á la Compañia de Jesus, y con razon; porque es la mayor deuda aquella que se contrae en el comercio del espíritu, y en los socorros del alma, y en asegurar el camino de la vocacion.

Tambien se reconoce, cuán grande fué el número, y cuán alto el espíritu de los primitivos operarios de esta religion sagrada; pues solo en este número sexto nombra diez la Santa, con quien comunicó su espíritu con grande utilidad de su alma: y claro está, que tambien habia co-

municado otros (como insinúa) segun en las partes en que se hallaba.

18. En el número sétimo refiere, como tambien pasó su espíritu por la censura de aquella luz de la religion cristiana, honor de la seráfica religion, y de su Descalcez, vivo desengaño de la vanidad del mundo, y el beato fray Pedro de Alcántara, que fué de los que mas aprobaron, aseguraron, y defendieron su espíritu.

19. Refiere en el número octavo: *Que se hacian oraciones, y se decian misas para que Dios la llevase por otro camino.* ¡Raras son nuestras peticiones! Jamás estamos contentos. Siendo el mejor camino aquel, que era el que queria Dios, buscaban otro camino: y no era esta imperfeccion, porque ese mismo camino que buscaban, se lo pedian á Dios.

Otra cosa fuera si el alma se resistiera á los caminos de Dios, y no acudiera á Dios con su peticion, y camino: aquello si que fuera andar sin camino. Pero decirle el alma á Dios: Señor, no me deis visiones, ni revelaciones; dadme penas, y virtudes. El serviros sea para esta vida, y el veros para la eterna. El camino de la cruz sea mi cruz, y camino. Escojo para el destierro el Calvario; reservo para la gloria el Tabor. Quien resignadamente hiciere esta oracion, y peticion, aunque diga misas por ello, no tiene que recelar, sino asegurarse con santa Teresa, que no vá por mal camino.

20. En el mismo número octavo, dice: *Que no tenia tentaciones de vanagloria con las visiones;* y sin duda fué muy singular don de Dios. A lo cual ayudaba la Santa, pensando mas en sus culpas, que no en sus revelaciones; que es el mejor medio, y modo para escusar las tentaciones de la vanidad. Porque en poniéndose el espiritual delante de Dios en figura de reo, y de perdonado, conociendo que todo su bien depende de su piedad, huye toda su presuncion.

21. Concluye este número con decir: *Que temia se burlasen de ella, por parecerle el andar en revelaciones cosa de mujercillas.* No hay duda, que andar en revelaciones sin virtudes, ó andar á caza de revelaciones, olvidada el alma de las virtudes, no es de las mujeres fuertes de los Proverbios; sino de mujercillas sin espíritu, ni seso (por grandes hombres que sean los que esto hacen) pues dejan lo sustancial, y buscan lo accidental: dejan lo cierto, y se van á lo dudoso.

22. En el número nono dice: *Que tambien dió cuenta de sí á un obispo, que es ahora de Salamanca; y entonces era inquisidor, y que este le remitió al padre maestro Juan de Avila.* A quien podemos llamar apóstol de Andalucía; pues Dios lo dió á aquella provincia para su reformacion, y eriar en el clero grandes discípulos, y varones de oracion.

Este gran maestro de espíritu, dice: *Que la consoló, y alentó mucho.* Grande gozo para un alma atribulada hallar quien la consuele, rodeada, y acosada de temores de perder á Dios.

23. La relacion que refiere aqui la Santa, que envió al padre Juan de Avila, es casi toda la vida de la Santa, que anda impresa, y dice: *Que habiéndola visto grandes letrados, dijeron, que hacia grande provecho el leerla.* Mejor lo podemos decir nosotros, despues de muerta la Santa, pues tantos han enmendado su vida, con su vida.

Este señor inquisidor, que la encaminó al padre maestro Avila, fué don Francisco de Soto, y Salazar, natural de Bonilla de la Sierra en

tierra de Avila. Corrió la carrera de buen eclesiástico en todos los puestos de aprobacion; provisor de los señores obispos de Astorga, y Avila; canónigo en aquella santa iglesia, é inquisidor de Córdoba, Sevilla, y Toledo; y de su Consejo supremo, comisario general de la Cruzada, obispo de Albarracin, Segorbe, y Salamanca. Murió año de 1576 en Mérida, no sin sospecha de haberle dado veneno, por haber castigado los alumbrados de aquella ciudad, y de Llerena: con lo cual, siendo tan acreditada su vida, fué mucho mejor su muerte.

24. En el número undécimo, dice: *Que con todo esto no la faltaban temores; y que dijo á su confesor: Si queria tratase algunos grandes letrados.* Aun con todas estas aprobaciones no se podian curar, ni quietar sus temores; y así de lo místico, queria apelar á lo dogmático.

Raro entendimiento tuvo la Santa, y admirable luz de Dios. Su discurso era: Cuantos me han examinado, son varones místicos; ¿qué sé yo si dirian lo que los místicos, los letrados? Si yo no peço, no me daña el padecer. El demonio no me puede hacer pecar. Aseguremos el punto de la fe, y de la gracia; que sobre estos fundamentos, no permitirá Dios que sea engañada en la caridad.

25. Para este exámen eligió á los hijos de santo Domingo; y como quien se ha de graduar de santa, despues de haber cursado, y hecho actos en diversas academias, y universidades, pasó de los místicos á los doctos de la religion de santo Domingo, y no parece que reposó su espíritu hasta que llegó allí.

Aprobacion es insigne del espíritu de la Santa, salir bendita, y acreditada con la censura acendrada, y pura de esta sagrada religion, que en materias de doctrina, y espíritu no sabe, ni quiere (iba á decir, ni puede) disimular cosa alguna; porque parece, que no le deja su celo libertad para lo malo.

26. Nombra á excelentes religiosos de esta apostólica orden, y de ellos hemos hablado en diferentes partes. Pero en el número duodécimo es digna de atencion la sentencia; con que concluian en favor de la Santa consolándola, diciendo: *Que si no ofendia á Dios, y se tenia por ruin, qué temia?*

Es discretísima conclusion, por ser como si dijera: Quien tiene pureza de conciencia, y humildad, ¿qué tiene que temer? Huye el demonio de la humildad, no puede entrar donde está la pureza; ¿qué hay que temer al demonio, soberbio, é impuro, quien se halla armada de humildad, y de pureza? La pureza sin la humildad, puede correr riesgo; porque aunque no haya culpa grave, puede haber alguna presuncion secreta, que con el tiempo haga muy grave lo leve. Cuando hay humildad, pero sin pureza, mas se puede llamar pusilanimidad, que humildad; pero donde hay verdadera humildad, y pureza, no basta el demonio, ni todo el infierno junto. Y así cuantas almas quisieren vivir en espíritu, y verdad hagan frecuentemente interior exámen, y miren bien, si viven en verdadera humildad, y pureza.

27. En los números siguientes hasta el décimo sexto, vá refiriendo los ilustres padres de espíritu, que tuvo de la sagrada orden de santo Domingo, y las pruebas, que hicieron de su espíritu. Todas eran bien

menester, para que saliese mas acreditado el que habia de enseñar tan universalmente en la Iglesia, como el de santa Teresa.

28. Dice en este número décimo sexto: *Que se afligia, cuando en estas cosas sobrenaturales no podia obedecer.* En donde se manifiesta claramente, que no siempre cumplia, ni ejecutaba lo que le ordenaban sus confesores; porque no siempre lo podia ejecutar, ni cumplir: ó por decir mejor, ella lo cumplia; pero no sucedia.

La razon de esto es, porque los confesores pueden mandar en la esfera de lo natural; pero en llegando á la de sobrenatural, espiró su jurisdiccion. Mandaríale algun confesor á santa Teresa, que no se arrobase, ni tuviese visiones, ni revelaciones: ¿qué importa que mande eso el confesor, si quiere otra cosa Dios? Podrá desear la Santa lo que su confesor; pero no conseguir, si no lo quiere Dios.

29. De esto, dice la Santa, que se afligia; porque deseaba ella mas ser obediente, que favorecida. Pero el Señor queríala acreditada, y mortificada, y por otra parte obediente; porque pues deseaba serlo, lo era, aunque no sucediese lo que mandaban sus confesores: pues no estaba en su mano, sino que corria por la de Dios, que es la mano que manda todas las manos.

De aquí aprendan los maestros de almas á no tener por mal espíritu á la que juzgan que no obedece, cuando no está en su mano el obedecer. Porque no siempre Dios quiere, que las operaciones sobrenaturales, que obra su espíritu en el alma, se gobiernen por los naturales preceptos del confesor. Algunas veces sucede, y se ha visto; pero no es preciso que esto sea siempre, como se vé en lo que aquí escribe santa Teresa. Cuando no obedecen las almas á su confesor en lo que pueden de lo natural, y que está en su mano, eso sí que es señal de mal espíritu.

30. Esto se conoce con lo que dice la Santa en el número décimo sétimo, donde dice: *Que no hacia cosa por lo que entendia en la oracion, cuando le decian sus confesores que hiciese lo contrario.* En que se vé, que donde ella podia obedecer, que era en lo natural que obraba, obedecia; pero en lo sobrenatural que ella no obraba, sino que obraban en ella, no podia obedecer, aunque quisiese; porque entonces gobernaba, y mandaba mayor precepto en su alma, que el de su confesor.

31. E el mismo número dice: *Que nunca se atreviera á jurar que era Dios el que la gobernaba.* Y en no atreverse á eso, se conoce que la gobernaba Dios. Porque la proposicion, ó presuncion de sentir, ó decir: *Dios me gobierna* (cuanto mas jurarlo) nadie, en carne mortal, puede licitamente decirlo, ni sentirlo, sin divina revelacion; porque sin ella: *Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit* (Eccles. 9. v. 4). Ninguno sabe, si es digno de odio, ó de amor. Puede esperar que está en gracia, mas no jurar que está en gracia.

Dice tambien: *Que siempre deseaba mas virtudes, que favores.* Esta es otra señal de buen espíritu. Aprendamos todos de esta señal, y sigámosla todos, que es de la santa cruz.

32. En el número décimo nono dice la causa, porque se divulgaron tanto sus visiones, y revelaciones, y la pena que le daba. Y no me admiro, porque si la alababan, lo sentia el alma; y si la murmuraban, la

naturaleza: y así de una manera, ó de otra había de andar penando, ó la parte superior; ó la inferior.

El desman, que dice sucedió, es bien gracioso. Porque fué el caso, que una gran señora de mas calidad, que discrecion, á quien la Santa deseaba para Dios, le pidió que le mostrase el cuaderno, que le habia mandado hacer su confesor. Resistióse la Santa por extremo; enojabase la señora, como señora. Por quietarla se lo entregó la Santa, con que no lo viese nadie.

Esta señora á campanada tañida lo fué leyendo en los estrados de las señoras, en los cuales dicen algunos mal acondicionados, (será con temeridad) que no pasa fácilmente en algunas ocasiones el lenguaje del espíritu, y de Dios. Comenzaron con eso á hacer burla, y risa de todas las revelaciones; con que se le levantó á la Santa una persecucion, como de santa. De todo sacaba provecho Dios; y en la Santa le era fácil. No sé si sacó tanto su divina Majestad de los estrados.

33. En el número vigésimo dice: *Que no se sujetaba con tanto gusto á los que tenían por cierto, que era todo de Dios cuanto le sucedía, como á los que le tenían.* Grandísima prueba era esta de perfeccion; y de alto espíritu, andar siempre bien asida del santo temor de Dios.

34. En el número vigésimo primero dice: *Que procuraba no ofender á Dios, y obedecer; y con eso no temía al demonio.* Con eso á todo el infierno junto no tenía que temer. Almas, con obediencia, y pureza solo á Dios hay que temer, y eso con temor filial y reverencial.

35. En el siguiente refiere los afectos, que le quedaban en el alma de las visiones, y revelaciones, y puede notarse, que ninguno propone de saber mas, sino de obrar mejor; porque no de balde dice el Señor, que por la fruta se conoce el árbol: *Ex fractu arbor agnoscitur* (Matth. 12, n. 22). Y son las obras la fruta de este árbol espiritual.

36. En el vigésimo tercero habla de sus visiones, y de sus tribulaciones, y dice: *Que el miedo la habia hecho olvidar su crédito.* Como si dijera: El miedo de ofender á Dios me hacia olvidar todos los demás temores, como cuando se olvida un trabajo pequeño con otro mayor.

En sus tempestades dice, que hallaba toda su seguridad solo con cinco palabras, que Dios le decia en el centro del alma, que son: *Yo soy; no hayas miedo.* Quien con otras dos palabras eria el mundo, fácil le es sosegar una alma con estas cinco.

Con la palabra: *Yo soy: Ego sum*, (Joan. 18, v. 4.) echó el Señor á rodar los escuadrones hebreos en el Huerto. Con la palabra: *No hayais miedo: Nolite timere*, (Matth. 14, v. 17.) quietó la tempestad de los ánimos, y de las ondas del Apostolado en la mar de Galilea. No era mucho, que con estas palabras quietase á santa Teresa.

Cuando los consuelos nacen de lo interior á lo exterior, sosiegan de lleno en lleno á las almas; y estos son consuelos de Dios. No así los del mundo, que por lo exterior no pueden bien sosegar á lo interior.

Añade: *Que no solo la quietaban, sino la confortaban las palabras de Dios.* ¿Qué mucho, que mucho, que conforten, alumbren, y quieten, si es Dios su palabra?

37. En el número vigésimo quinto dice: *Que de los favores divinos*

no le resultaba vanagloria. No me admiro deso, porque eran divinos. Si fueran humanos los favores, fuera vanagloria todo.

Tambien insinúa en este mismo número, que no tuvo cosa que no fuese casta, y limpia en su espíritu, y añade: *Ni le parece, si es buen espíritu, y tiene cosas sobrenaturales, se podría tener; porque queda todo descuidado de su cuerpo, ni hay memoria del.* Son palabras estas, que necesitan de declaracion.

No quiere decir la Santa, que es señal de no buen espíritu padecer tribulaciones contra la castidad, porque el incurrirlas, y rendirse á ellas, es lo malo: pero no el padecerlas, y resistirlas.

38. El espíritu de Dios habitaba en san Pablo, cuando se quejaba, diciendo: *Datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanæ, qui me colaphicet* (2 Cor. 11, v. 7). Y en san Benito, cuando buscaba á las zarzas por remedio: y en san Francisco, cuando la nieve, y el fuego: y en otros infinitos santos, que casta, y santamente padecieron insignes tribulaciones.

Lo que la Santa insinúa aqui es, que de las revelaciones, y visiones nunca le resultaba este género de tentaciones, sino olvido del cuerpo, y memoria de Dios; porque el espíritu divino es casto, y produce pureza.

Otra cosa seria, si hubieran sido ilusiones, que Dios permitiera en la Santa, no consentidas, sino padecidas; que en ese caso es sin duda, que la dejaria el enemigo con tribulaciones, y tentaciones impuras.

Tambien creeria, que despues que Dios fué favoreciendo con dones tan altos á santa Teresa, la eximió de padecer este género de fatigas contra la castidad; porque es muy conforme á lo que en diversas partes refiere la Santa de si.

39. En el número vigésimo sexto dice la determinacion, que Dios le daba de servirle, sin acordarse de si, sino de la honra, y gloria de Dios. Y eso era verdaderamente acordarse de si; pues nunca mas en la memoria nos tenemos, que cuando de nosotros por Dios nos olvidamos.

40. En el siguiente asegura: *Que todo lo que escribe, es verdad.* Y bien cierto es que lo seria, habiéndolo escrito, y firmado una alma, que siempre andaba en espíritu, y en verdad.

41. En el número vigésimo octavo, y final, le hace relacion á este padre del modo de las visiones que tenia, y de los buenos efectos, que le dejaban en el alma: y por ellos, mejor que por ellas, se pueden conocer que eran de Dios las visiones.

Entre los demás era el mejor, dejarla humilde; y bien cierto es, que no fueran de Dios, si la dejaran soberbia. Esto por dos razones muy claras. La primera, porque Dios es la misma perfeccion, y Jesus bien nuestro, la misma humildad; ¿qué puede, pues, dejar en el alma Jesus, sino lo mismo que es?

La segunda, porque Dios es luz, y en alumbrando á el alma, le dá conocimiento muy subido de lo que es Dios, y de lo que es ella. Con eso vé en si infinitas imperfecciones, y que si hay algo bueno, es todo de Dios. En Dios vé infinitas perfecciones. ¿Cómo, pues, no ha de ser humilde quien esto vé? Reconociendo lo que decia san Pablo: *¿Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, ¿quid gloriaris, quasi non acceperis?* (1. Cor. 4, v. 7). ¿Qué tienes, alma, que no hayas recibido? Y si